

E D I T O R I A L

Bien es sabido que el término universidad tiene su origen en el carácter universal del saber que en ella se procura y difunde. Conforme a esto, la universidad es el recinto en el que se investiga y enseña un conocimiento, no singular y contingente, sino universal y perdurable.

Pero este carácter universal del conocimiento a que la universidad tiende, no puede divorciarse de las circunstancias del tiempo, del espacio y de la historia, que lo arraigan y lo adhieren a un pueblo y a una tierra.

El saber comprensivo, del que la universidad es ámbito, es un bien común, y como tal, debe ser difundido y participado por todos quienes forman parte de una comunidad determinada. “Porque ninguno de los bienes que pueden surgir del cultivo de las distintas artes, ciencias y técnicas, es verdadero Bien, si no hace referencia al bien común-humano”; bien que sólo se logra en una sociedad política asentada en el tiempo por la historia y en el espacio por el arraigo de una patria.

Si esto es así, el saber universitario necesariamente debe llevar el sello de la comunidad a que la Universidad pertenece y de la que ella misma se nutre. Los claustros deben ser el lugar de encuentro de las verdades del hombre eterno, con los modos de ser propios y particulares de una nación aunada por un fin espiritual común. De esa unión del esfuerzo universal con un esfuerzo histórico, es de donde surgen las grandes creaciones del espíritu humano; ninguna obra maestra puede carecer del sello de la tierra, el tiempo, la tradición y el sentir propios de una comunidad histórica.

Por ello, la universidad debe integrarse vitalmente en la sociedad a que pertenece y recoger de ella sus mejores valores; éstos serán como los moldes en los que se deberán vaciar los frutos más egregios del saber universal, que adquirirá así el estilo peculiar de una patria; la marca a fuego de una historia y un destino compartido. Como bien ha

escrito un eminente constitucionalista argentino, “sin una cultura nacional —que no es otra cosa que sellar con el estilo argentino, los valores universales de la cultura greco-romano cristiana— no somos nación, sino factoría; un conglomerado inerte, sin alma y sin destino”.

Hace todavía poco tiempo, hemos debido sufrir en nuestro país la total tergiversación de estas ideas; ello llevó a un grupo de extraviados a proclamar la total independencia de la cultura argentina respecto a la tradición latino-cristiana que nos transmitiera España. Con el pretexto de nacionalizar la cultura, se la vació de su auténtico y valioso contenido, pretendiendo suplantarla con una confusa mezcla de indigenismo y marxismo, llevada en sus aplicaciones hasta las consecuencias más ridículas.

Lamentablemente, hoy en día han aparecido algunos voceros de un occidentalismo mal entendido que, oponiéndose maniquéamente a la versión payasesca de la cultura nacional, proclaman la total sumisión de nuestras pautas de pensamiento a las extranjeras, rechazando como espúreo todo elemento argentino.

Pero así como es condenable el folklorismo pseudo-marxista, debe ser rechazada de plano la pretensión de sustituir lo propio e intransferible de nuestro patrimonio espiritual, por la copia irrestricta de los modos espirituales de algunos países del hemisferio norte. Es más, la Argentina tiene una triste experiencia en este último sentido, cuando toda una generación se volcó entusiastamente a la imitación simiesca —sin adaptación— de las modas filosóficas surgidas al filo del siglo XIX.

Nuestra tradición latino-católico-hispánica es lo suficientemente rica y abierta a todas las conquistas de la cultura occidental, como para merecer su revalorización y afianzamiento. Y el ámbito propio para esa re-fundición de lo argentino con lo universal, no puede ser otro que la universidad. Allí es donde debe producirse el encuentro fecundo de lo nacional con lo universal, de lo temporal con lo eterno. La universidad argentina de hoy no puede ser, por lo tanto, ni indigenista ni imitadora; cualquiera de las dos actitudes dejará de lado un elemento esencial del compuesto. Ha de ser el lugar de la feliz simbiosis entre lo universal y lo particular; el instrumento del arraigo del saber inmutable a un suelo y a una gente; de la prolífica unión entre la herencia de occidente y el vigor, el valor y la inteligencia de un pueblo con una singularidad histórica intransferible e irrenunciable.

Héctor Corvalán Lima
Director